

El ataúd

Miguel Donoso Gutiérrez

I

La gente se acercaba al ataúd para mirar por la ventanita al muerto. Unos se quedaban mirándolo con ternura, otros con lágrimas en los ojos, algunos simplemente con curiosidad. Siempre había pensado que no se debía hacer eso, que era mejor recordar a las personas vivas y no entendía ese gusto morboso por ver a los difuntos, porque para él eran como cascarones vacíos, el alma ya se había ido y el cuerpo no era más que un envoltorio gastado.

Sentado en la banca larga y dura de la iglesia pensaba en la diferencia entre alma y espíritu, pensaba que la primera era algo que no le pertenecía al muerto, era prestada, como una batería que le permitía al espíritu formarse y darle una característica especial a ese ser. Entonces imaginaba el espíritu como un fantasma que podría estar sentado a su lado y no necesariamente haberse ido junto con el alma.

No sabía qué hacía ahí, por qué había entrado, por qué quería vivir ese momento si ni siquiera sabía quién era el muerto. En el fondo deseaba que le llegara su turno. Estaba en la penumbra del lugar, disfrutando de la frescura proporcionada por las cúpulas altísimas y veía la fila de personas. Luego de un rato, se levantó y salió hastiado del velorio.

El sol intenso le molestó, casi no podía ver y distinguió, como una mancha moviéndose, a las palomas levantando el vuelo asustadas por su paso torpe. Poco a poco fue enfocando el día, viendo los automóviles, los transeúntes, los vendedores, la fuente en el centro en la plaza. No sabía adónde ir, era su hora de almuerzo pero no sentía hambre, hace tiempo que no la sentía, no había motivos para desear comer pero no quería estar en la oficina, por eso salía y luego no quería volver pronto, por eso entraba a la iglesia, no a rezar, sino a descansar, a no escuchar a nadie o a casi nadie.

Estaba solo, toda su familia había muerto. Primero su madre, luego su padre, después, una a una, sus hermanas, quedaba él, el menor, ni siquiera un sobrino, un tío, un primo, un pariente lejano. El tiempo le parecía algo lentísimo, una especie de condena. Nunca se casó, jamás tuvo hijos. La única compañía constante en su corta vida había sido la muerte, la que jugaba con él

porque no lo escogía y a la cual no podía enfrentar porque la idea del suicidio lo asustaba: era irremediabilmente cobarde para hacerse daño a sí mismo, por eso tenía que esperar pacientemente a que le llegara la hora.

Su madre le habló de la importancia del corazón y tuvo corazón. Su padre le hablo de la responsabilidad y fue responsable. Pero de poco le sirvió esa combinación, más bien jugó en su contra siempre, era visto como un hombre de buen corazón sumamente responsable y casi todos abusaban de esa nobleza, en especial en el trabajo, donde lo hacían desempeñar funciones más allá de su puesto de contador. Cobraba, arreglaba asuntos laborales, atendía los menesteres del mantenimiento de la oficina e incluso algunas veces aceptaba mansamente la humillación de hacerle café al jefe o ir a comprarle cigarrillos a la tienda de la esquina. Pero jamás pudo sentir odio, solo tristeza, aburrimiento, hartazgo y una resignación absoluta que lo hundía en la nada.

2

En la mesa siempre hay siete puestos, uno para él y seis para sus familiares muertos. Cuando llega a casa saluda con cada uno de ellos, los ve, sonríe y conversa, les cuenta de su día, de sus tristezas, de sus molestias. Es el momento del día en que tiene un poco de felicidad, donde por fin llega a su mundo, desde un mundo que le es ajeno. Generalmente es su madre quien le pide que sea más comunicativo con las personas, mientras que el padre le dice que lo importante es el dinero. Sus hermanas le hablan del amor, de la apariencia, de la diversión. Pero él trata de explicarles que no esta de acuerdo con la vida, que no le gusta estar ahí, que se siente condenado a permanecer donde no quiere, entonces comienzan todos a hablar al mismo tiempo, él se molesta, los manda a callar para tomar la palabra, para explicarles que todo es sucio y triste: la política, la pobreza, la injusticia, pero sobre todo el amor, la forma más triste de tratar de escapar de la realidad que tienen los seres humanos, solos y condenados en este mundo,



desesperados por huir, por alejarse de su soledad, sin entender que ella los acompañará hasta su muerte.

Luego de la cena lava todos los platos, aunque seis de ellos no se hubieran usado, se toma un café, pone música clásica, vuelve a arreglar la mesa como al principio: con siete puestos perfectamente ordenados. Luego se acuesta en el sofá de la sala y sigue oyendo hablar a su familia. Van de un lugar a otro en la sala, cada uno siempre con el mismo tema, con lo que toda la vida les preocupó, gustó, horrorizó o enterneció, sin cambiar en lo más mínimo, repitiéndose incansablemente día a día, quizás con otras palabras, pero siempre con las mismas rutinarias ideas.

Ese día le dio sueño rápidamente, no quería oírlos, se había cansado también de ellos, ya no solo del mundo real, sino de quienes lo sostenían emocionalmente. Fue a su cuarto. En el suelo, justo en el centro, estaba el ataúd. Lo abrió y se acostó dentro de él. No tenía ventanita, ni lo cerraba jamás. Vio a sus parientes rodeándolo, como si fuera su velorio e inmediatamente se quedó dormido.

En el sueño se vio parado en la terraza de un edificio, abajo se veía un embotellamiento de autos en un tráfico infernal lleno de sonidos estridentes y agresivos. Él se tapaba los oídos con desesperación y daba un paso al vacío. En la caída veía cómo los autos en la calle se acercaban cada vez más, esperaba el choque con ellos, se sentía de alguna manera liberado, sabía que iba a morir, pero justamente en el momento del impacto, no pasaba nada, el sueño volvía al punto inicial, arriba del edificio y se repetía exacto, una y otra vez, hasta despertarse angustiado y ver a todos sus parientes rondando en la casa, hablando de lo mismo, repitiendo sus argumentos. Cerró los ojos decidido a dormir y no soñar más.

Al día siguiente, sentado a la mesa, durante el desayuno, los vio nuevamente a todos. Como siempre, hablaban de lo mismo, pero ante su silencio, callaron y lo observaron atentamente sin comprender su actitud. Algo dentro de él había estallado, se había roto, lo había dejado totalmente preocupado al entender que si la eternidad era eso, no la quería, que si

todos estábamos condenados a ser espíritus vagando por este mundo, no quería aburrirse en un círculo tan reducido. Llamó por teléfono a la oficina y avisó que había amanecido indispuerto y no iría.

3

Veía los modelos de las camas, los tamaños y las características de los colchones: ortopédicos, semi-ortopédicos, súper reforzados, los respaldares, las mesas de noche, las lámparas. Tenía suficiente dinero guardado hacía mucho tiempo, así que podría comprar todo eso y mucho más sin que se afectara su gran reserva económica.

Dejó todo pagado, dio su dirección y acordó con el almacén una hora de esa tarde para recibir lo comprado. De ahí se fue directo a la peluquería, se cortó el pelo y la barba, se hizo un tratamiento de limpieza de cutis. Luego se compró ropa, con más colores de los que usaba normalmente y llamó nuevamente a la oficina e invitó a la secretaria de gerencia a cenar al restaurante más elegante de la ciudad y ella, por supuesto, aceptó: jamás hubiera pensado que algún día comería en ese lugar.

Esa misma tarde arregló su cuarto, guardó el ataúd, ante la mirada atónita de todos sus parientes que no sabían qué decir. Entonces les advirtió que desde ese día todo iba a cambiar y que si no tenían nada diferente que decir permanecerían mudos para el resto de su existencia porque él había decidido no morir, ni siquiera cuando estuviera muerto.

Por la noche la cena fue un éxito, la mujer estaba encantada y cuando él le contó de sus parientes le pareció que estaba bromeando con ella porque todo lo que decía eran cosas positivas, que la motivaban a no dejar de soñar, de esforzarse, de sentirse viva y era el ejemplo de sus parientes y la historia del ataúd los que le servían de apoyo a todas sus afirmaciones sobre lo negativo que era caer en la rutina, en el pensamiento limitado, en el acostumbrarse a vivir de una sola manera, sin recibir con actitud positiva los cambios que la vida propone. No hacerlo así era para

él una pérdida de tiempo peligrosa que podría llevar al ser humano a tener una existencia sin gracia.

Ella estaba fascinada con él, no podía creer que aquel tipo gris fuera así, increíblemente positivo, alegre, simpático, entretenido e imaginativo con el tema de sus parientes fantasmales y el ataúd donde dormía, en fin, pasó riéndose de todas esas ocurrencias y terminó pidiéndole de forma sensual que quería conocer al ataúd, aunque estaba segura de que todo era mentira y al llegar a la casa jamás preguntó por él.

Hicieron el amor. Él se comportó como un gran amante: entendía los ritmos de su pareja, los descansos, los arranques, los lugares de su cuerpo que respondían mejor a sus caricias y todo era algo que fluía, no pensaba en hacer tal o cual cosa, simplemente estaba viviendo con toda intensidad ese momento, ese cuerpo de mujer, ante la mirada asombrada de todos sus parientes. En la mañana ella se despidió dándole un beso tierno mientras él dormía y antes de salir del cuarto vio que las puertas del closet estaban abiertas y fue a cerrarlas. La sangre se le fue a los pies: el ataúd estaba ahí.

4

Después de un mes salió de su trabajo con una extraordinaria liquidación gracias a tantos años de abuso ya que al haber asumido innumerables funciones, en el área contable y en todas las demás para la empresa, su presencia se volvía indispensable, contradiciendo el dicho: «Nadie es indispensable». Así que vendió muy cara su renuncia convirtiéndose en un ejemplo y un ídolo para sus demás compañeros que jamás lo tomaron en cuenta y, sobre todo, para las mujeres, las cuales fueron para él un verdadero premio: su asistente de contabilidad, la planificadora de desarrollo de personal, la que servía el café a todos menos a él, la de limpieza, en fin, todas desfilaron por su casa y todas vieron el ataúd, haciendo que la fama de dicho objeto se extendiera con rapidez en la ciudad, así como la habilidad sexual de aquel sujeto antes gris y ahora resplandeciente.

Los parientes seguían deambulando por su casa y quedaron muy asombrados cuando puso ahí mismo una oficina de consejería para desarrollo personal que fue volviéndose igualmente famosa y donde pudo ayudar a mucha gente que, como él, había estado viviendo de una forma triste y sin sentido. Ganó mucho dinero con eso y era su ataúd el que le servía de principal motivador para sus charlas porque con él sostenía que mientras se esté vivo hay que estar bien vivo, para que cuando se esté muerto se esté bien muerto y la eternidad no sea tan sombría como la vida.

Sus charlas fueron tan efectivas y tanta gente habló bien de ellas que al poco tiempo su tratamiento, si se lo puede llamar así, lo llevó a recorrer el país entero e incluso llegó a visitar otros países, donde se presentaba con su ataúd y, a partir de contar la historia de que dormía en él, comenzaba a plantear toda su teoría del más allá, del alma que es prestada, como si fuera una pila simplemente, y que el espíritu se queda vagando aquí mismo, en otra dimensión, pero junto a los vivos.

Sus parientes conocieron a otros espíritus y cambiaron sus muertes por una muerte mejor, más activa, más muerte, de mejor calidad, sin repetir constantemente lo que siempre fueron, sino aprendiendo a ser de otra forma.

El hombre del ataúd se convirtió en un guía espiritual, de los vivos y de los muertos, disfrutó del amor de las vivas pero también de las muertas a las cuales nunca pudo tocar, pero sí ver, proponiéndoles juegos eróticos que las hacían sentir más vivas que cuando estaban vivas, aunque en realidad fuera al revés: las hacía sentir bien muertas, felizmente muertas.

Nunca nadie vio un espíritu, sólo el hombre del ataúd, y mucha gente lo llamó charlatán, pero todos los que murieron no tuvieron palabras para agradecerse.